



ULTIMAS NOTAS A "NUESTRA CIUDAD"

CUENTA un poco trabajo, es verdad, volver a hablar de *Nuestra Ciudad*; está ya un poco *de modé*, y se ha fundido mucho metal sobre esta deliciosa obra de Thornton Wilder; más de una vez su nombre ha venido a nuestras páginas. Pero precisamente esta es la principal razón que nos obliga a volver sobre la historia simple y superficialmente intrascendente de *Grovers Corners*; nuestros pacientes lectores se merecen una aclaración.

Además, nuestros lectores provincianos, que acaban de ver esta obra en una versión cuidadísima del teatro *Lope de Vega* de Granada, deben andar un poco desorientados. Al carácter mismo de la obra se une el eco periodístico en el que todos hemos contribuido con nuestro grano de arena a la común desorientación.

Es muy difícil reaccionar serenamente ante *Nuestra Ciudad*; su trama es tan nuestra, tan de todos, que el juicio imparcial no cabe; pero humanamente queda siempre el recurso de exponer nuestra opinión honrada y llanamente.

Cuando por vez primera nos encontramos con *Nuestra Ciudad* son los elementos externos, superficiales, los primeros que nos hieren en el rostro; hablamos entonces de influencias pirandellianas o cinematográficas. Indudablemente las hay, pero sería un craso error resbalar y quedarse en ellas. Adentrándonos en la esencia de la obra se va mucho más lejos, hasta nuestros clásicos, hasta los mismos griegos; el eco del viejo coro de la tragedia griega está latente bajo la narrativa explicación del *Director de escena*.

Los elementos pirandellianos y cinematográficos son completamente accesorios; todas las artes toman elementos de las demás, los recursos técnicos sabemos muy bien que son más limitados en la vida y en el arte de lo que aparentemente se sospecharía. Lo esencial en Thornton Wilder es, sin embargo, algo más profundo, más íntimo. Recuerdo ahora, y venga aquí en tributo a la sinceridad, mis impresiones después de haber visto por última vez *Nuestra Ciudad*.

El suave viento, húmedo y gris, del tercer acto de *Nuestra Ciudad*, nos lanzó a las dos de la mañana a tres emocionados amigos al claro de luna de otra *nuestra ciudad*; poco antes el *director de escena* nos había mandado que recordásemos nuestros quince años y nosotros ahora no sólo pensamos en éstos, sino también en los no menos emocionados que para nosotros transcurrían. Precipitadamente habíamos dicho que el protagonista de esta obra era *una pequeña ciudad*; ahora sabíamos que también nosotros éramos protagonistas de ella, porque el gran protagonista es aquí —como siempre—, *el tiempo*. No, amigo Benzo, ya no podemos dejar sin contestación tu sincera e inteligente crítica de esta obra en el anterior número de estos CUADERNOS; si Emilia Webb y Jorge Gibbs se enamoran, no es *porque no puedan hacer otra cosa*, y porque resuelvan juntos problemas de álgebra; al contrario, si resuelven juntos problemas de álgebra es porque están ya enamorados. Desde luego, después de ver *Nuestra Ciudad* no es posible la digestión tranquila que todo buen burgués desea; pero es que nosotros odiamos las buenas digestiones.

La vida, querido Benzo, y mucho menos la muerte, no puede ser *un cuento de hadas*; es muy bonito forjarse un mundo de ilusiones y vivir en él, todos lo hemos hecho alguna vez, pero conocemos muy bien los grandes *talegazos* que hacen bajar a besar la ponderada virtud del santo suelo. Comprendemos que haya muchas chicas, más o menos *topolinos*, que se rían de *Nuestra Ciudad* y la tomen a chacota; y muchas honradas *mamás* que se aburran y bostecen; pero lo que no comprendemos es que hombres de cuerpo entero se dediquen a engañarse con errantes nubes. Hay que darle a la vida su grave peso; ver detrás de cada mota al parecer ridícula e inútil de la existencia cotidiana, el perfume de la vida —y de la Vida—, que por ella se escapa. No es un detalle insignificante el que Thornton Wilder repita hasta tres veces el desayuno cotidiano.

Nuestra vanidad —*la Soberbia de la Vida*, decía San Juan que era el gran pecado, padre de todos los demás—, desearía que la vida fuese algo aparatoso y que todos esos detalles incomensurablemente pequeños, pero transcendentalísimos de la vida, perteneciesen a una vergonzante trasvida de la que el hombre pudiese a voluntad prescindir; la historia no la escribieron nunca los reyes, aunque en los manuales al uso así se nos cuente; la escribieron los jóvenes babilonios, egipcios y griegos, que como nosotros, tomaban su desayuno de prisa y se atragantaban en su primera declaración de amor; la verdadera guerra de Troya seguramente no fué la que cantó Homero, sino la que cada cual mantiene en la reducida Grecia de su alma.

Sí, sí, es muy fácil querer ser jóvenes *contra viento y marea*; pero lo grave es que no es marea y viento el único obstáculo que se atraviesa en nuestro camino. Un buen amigo mía recordaba a Calderón pensando en Thornton Wilder; en verdad no sé como no se nos había ocurrido antes esta idea. *Nuestra Ciudad* no es una comedia atrevida, moderna y un tanto extravagante; ni mucho menos una americanada insulsa, como dicen por

ahí muchas superficiales lechuzas que pretenden poseer el verdadero ornitorrinco de la cultura. *Nuestra Ciudad* es simplemente un drama teológico, un auto sacramental; *Nuestra Ciudad* es *El Gran Teatro del Mundo* que hubiera escrito Calderón si hubiera nacido en el siglo XX y hubiera conocido las *criaturas* de Massachussetts, de Oberammergau o de Fuente Vaqueros.

¿No os suena *el director de escena*, al *Autor* del auto calderoniano? Sí, queridos amigos, *el director de escena* de Thornton Wilder es simplemente *El Director de Escena* con mayúscula: Dios; por eso nos molesta un poco, porque nos manda, porque nos dirige y hace alto en la escena cuando quiere y aún se atreve a cambiar el orden de los acontecimientos, a hacer hablar a los espectadores y a mandarnos a fumar un cigarrillo fuera de la sala. Y nos molesta sobre todo, porque nos conoce muy bien, porque nos saca todos nuestros ocultos trapos sucios, que como prudente e hipócritas burgueses tenemos bien guardados en nuestros blanqueados sepulcros, para pasárnoslos elegantemente por encima de nuestras propias narices.

Yo no sé si a Vds. les gustará esto, a mí sí; porque es inútil cerrar los ojos a la realidad y no ver nada más que lo que nos conviene. Pero nosotros no tenemos todavía encerrado el corazón en las herméticas cajas de caudales de la burguesía. Dejemos a ellos que sigan a ciegas; algún día Dios, maravilloso Director de Escena de la pequeña Ciudad del mundo, los llamará a ellos a que representen su papel en la *Gran Farsa*. Hasta entonces que sigan bailando sus *siluetas animadas* cerradas como los sepulcros a cal y piedra.

No se si os fijaríais en la última escena de *Nuestra Ciudad*; los vivos van a ver a los muertos. Pues bien, los muertos, los verdaderamente muertos, son los vivos sepultados bajo sus negros paraguas. Y esto es lo trágico de la vida, que los muertos somos nosotros, los que nos creemos vivos y reímos alegremente porque lo estamos. Pero más muertos aún quedan otros; nosotros siquiera vivimos en la esperanza de la muerte que es la *Esperanza de la Vida*, pero esos otros están bien muertos, porque no tienen siquiera la Esperanza con mayúscula.

Sí, amigos, es muy difícil entender estas cosas de la vida; esta *Nuestra Ciudad*, que es la vida también de cada uno. Pero cuando se pretende poseer una cultura universitaria, no se pueden decir la sarta de frívolas pideces que cuecen muchas cabezas de honrados y burgueses *padres de familia*.

En cuanto a nosotros estamos muy satisfechos; lo que acaso nos hubiera molestado hubieran sido su comprensión y aplauso, seña segura de que andaríamos equivocados. Cada día estamos más convencidos de que para llegar a querernos tenemos que empezar por insultarnos.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ